

en el
fondo
del
canal

MAYA SUAY

Capítulo 1

Este relato comienza en la ciudad de Valencia, donde María está cerrando las maletas y agotando los últimos instantes antes de viajar a la ciudad de Delft. El motivo de este viaje es la beca que le han dado para estudiar el último curso de la carrera de medicina en el país holandés. Está entusiasmada, pero a la vez siente el miedo lógico ante una situación totalmente novedosa y llena de incertidumbre. No sabe lo que le depararán estos próximos meses.

Con todos estos pensamientos en la cabeza se le ha echado el tiempo encima y tiene que darse prisa para llegar al aeropuerto a tiempo. Su padre seguramente ya estará abajo esperándola para llevarla.

Una vez en el coche, charlan sobre su próxima estancia y como es natural tiene que escuchar un montón de consejos y recomendaciones.

— En el aeropuerto no pierdas de vista las maletas — le dice su padre.

— Sí, papá — contesta María.

— ¿Llevas toda la documentación? ¿El DNI? ¿El billete? — pregunta preocupado su padre.

— Sí, papá. Lo llevo todo — contesta, con paciencia.

Su padre, también médico, no puede evitar tratarla como si fuese aún una niña, aunque en el fondo sabe que tiene plena confianza en ella y está orgulloso. Siempre han estado muy unidos, considerando que es hija única, y su madre murió cuando ella era muy pequeña. Con esta conversación llegan al aeropuerto con el tiempo justo. Le da un rápido beso a su padre y le promete que será prudente, responsable y que le llamará nada más llegar. Corre hacia la zona de salidas mirando hacia atrás y diciendo adiós con la mano.

Le quedan unas cuantas horas antes de llegar a su destino, cuatro horas de vuelo a Ámsterdam, y después cuarenta y cinco minutos en tren para llegar a Delft. Intentará descansar durante el vuelo porque está agotada, la fiesta de despedida con sus amigos fue estupenda pero al final se alargó más de la cuenta.

En el avión se quedó profundamente dormida al instante, y se despertó solo cuando oyó el mensaje del comandante que anunciaba el próximo aterrizaje. Ya le queda menos para llegar, un agradable viaje en tren en el que puede disfrutar del paisaje de los Países Bajos.

Delft parecía una encantadora ciudad, con sus bonitos canales, se respiraba tranquilidad, con sus pintorescas casas y tiendecitas que daban colorido a calles que parecían sacadas de un cuento de hadas. Su apartamento estaba situado en el centro histórico, en un edificio muy cerca del Centro Vermeer, museo dedicado al famoso pintor nacido en la ciudad, y de la famosa plaza del mercado; sin duda una de las ciudades más bonitas de Holanda.

Por fin había llegado a su nueva casa, ubicada en una típica edificación flamenca. Ahora solo le quedaba deshacer las maletas y descansar, ya que al día siguiente debía presentarse a una hora temprana en su universidad, conocer los alrededores de su apartamento tendría que esperar.

El despertador sonó y parecía que apenas había dormido unos minutos, seguía agotada, pero ansiosa por conocer el lugar donde pasaría buena parte de su vida durante estos próximos meses. Se preparó rápidamente y bajó a buscar su nueva bicicleta que le había dejado preparada su casero, como habían acordado.

El trayecto a la universidad le costó unos quince minutos y al llegar, lo primero que hizo fue buscar a su tutor, el doctor Beekhof, especialista en anatomía patológica. María había elegido esa especialidad porque le fascinaba la investigación y el diagnóstico de las enfermedades, creía que era clave para un posterior tratamiento personalizado para cada paciente.

El doctor Beekhof le trató amablemente explicándole el funcionamiento básico de su departamento, cómo funcionaban las clases teóricas y, lo que más le interesaba a María, las prácticas. Le enseñó el laboratorio donde desarrollaría sus investigaciones y le presentó a alguno de sus nuevos compañeros, diciéndole que ellos le resolverían sus dudas en caso de tenerlas, ya que él tenía previsto un viaje de trabajo y estaría ausente una semana.

Allí se quedó María con el ayudante de su tutor, un estudiante de máster de origen asiático, llamado Jin. Haciendo honor a su origen, era metódico, eficiente y servicial. Pasó la mañana con él, familiarizándose con las instalaciones y poniéndose al día con el proyecto que le habían asignado. Ya era la hora de comer y estaba hambrienta, pero acababa de darse cuenta de que tenía la nevera totalmente vacía.

Muy cerca de su apartamento, se encontraba la plaza del mercado, una de las más grandes de Europa. Iría allí a comprar lo necesario para alimentarse en los próximos días; en los puestos de productos agrícolas, además podría aprovechar para dar un pequeño paseo turístico y ver la Iglesia Nueva y el Stadhuis (el ayuntamiento) que estaban situados en el mismo lugar.

La plaza estaba muy animada, llena de gente haciendo sus compras, tomando algo en las terrazas de los restaurantes y de turistas realizando las típicas fotografías para llevarse de recuerdo. Paseando por la plaza encontró un puestecito regentado por un hombre de unos setenta años; vendía numerosos trastos que no se sabía muy bien para qué servían, le recordaba a algunas paradas que se podían encontrar en el rastro de Valencia. Se paró a curiosear y algo le llamó la atención, un pequeño trozo de metal que le recordaba a algo, parecía un antiguo microscopio que recordaba de sus libros de ciencias y de una vez que su padre le había llevado a una exposición donde había una réplica. Recordó la historia que su padre le contó en aquella ocasión. El microscopio en cuestión había sido inventado por Anton Van Leeuwenhoek y

consistía en una lente montada sobre una placa de latón que se sostenía muy cerca del ojo para observar las muestras que se desplazaban mediante unos tornillos que permitían enfocar. De todas formas, María no estaba segura.

— ¿Qué es eso? — le preguntó al comerciante, señalando el artilugio.
— No lo sé, parece una pieza de alguna máquina — le contestó el hombre.
— ¿Cuánto vale? — volvió a preguntar María.
— Dame lo que quieras por ella, y te la llevas.
— ¿Le parece bien tres euros? — dijo María tímidamente.
— ¡Perfecto! Aunque no sé de qué te va a servir...

Se fue con su nueva adquisición, llena de dudas, pensando si realmente era lo que ella creía que era. Si se trataba de una réplica, debía de tener su tiempo por las condiciones en las que se encontraba. Seguro que a su padre le encantaría como regalo. Ya estaba pensando en enseñárselo a su tutor para que le sacara de dudas.

Capítulo 2

Pasaron varios días desde el hallazgo del microscopio y María no sabía muy bien qué hacer con él. Primero, decidió hacer una búsqueda exhaustiva de información relacionada con Leeuwenhoek y sus microscopios. Encontró información muy relevante; hasta el momento de su muerte Leeuwenhoek había fabricado alrededor de quinientos ejemplares y existían muchas copias de los originales, pero en la actualidad, auténticos sólo existían ocho microscopios. Después de leer esta información, María de inmediato pensó que probablemente la pieza que tenía en su poder era una copia, pero ¿y si era original? Miró el microscopio que tenía entre sus manos, lo guardaba protegido por un pañuelo. Era realmente pequeño, cabía en su mano perfectamente. Parecía de latón y tenía esa pátina característica del paso del tiempo. Parecía una copia muy bien hecha.

Estudió sobre Anton van Leeuwenhoek hacía unos años en la universidad, en la asignatura de microbiología, una de sus favoritas. Sabía que Leeuwenhoek era considerado el padre de la microbiología y la biología celular, y que había sido uno de los primeros en realizar observaciones con microscopios de su propio diseño y fabricación. Al menos, aún recordaba algo del extenso temario de aquella rama de la medicina.

Enseguida supo qué hacer, no llevaba mucho tiempo en la ciudad y no conocía a mucha gente, exceptuando a algunos de sus compañeros de universidad. Tenía que llevarle la pieza a Beekhof, su profesor de microbiología. Era muy probable que supiera mucho, ya que la asignatura que impartía trataba ese mismo tema, la biología celular y entre otras cosas Leeuwenhoek era originario de Delft, así que la gran mayoría de habitantes de la ciudad conocían su contribución a la ciencia.

Aquel día era sábado, aún por la mañana y como la universidad acostumbraba a estar abierta durante los fines de semana, para que los estudiantes pudieran acudir a las extensas instalaciones del campus, decidió ir a hablar con su profesor de microbiología, Beekhof.

Salió de su apartamento y se dirigió a la facultad. Esta vez fue andando, y en apenas un cuarto de hora ya se encontraba en los pasillos de la universidad buscando el departamento de microbiología. Finalmente lo encontró después de una intensa búsqueda por los amplios pasillos vacíos del centro. Llamó a la puerta y seguidamente la abrió lentamente. Entró en el departamento, era una habitación amplia, con un ventanal que facilitaba la entrada de mucha luz natural. También había una estantería con numerosos libros, y en el centro de la sala una gran mesa metálica con un par de sillas. Allí se encontraban dos profesores realizando algo de trabajo. Se quedaron mirándola desconcertados,

no era frecuente que los estudiantes fueran durante el fin de semana a preguntar alguna duda.

— Buenos días, ¿busca a alguien? — preguntó uno de los profesores.

— Sí, ¿saben dónde podría encontrar al profesor Beekhof? Estoy buscándolo para consultarle algo urgente — le contestó María.

— Pues lamento comunicarle que se encuentra fuera de la ciudad por unos asuntos de trabajo, no regresará hasta el lunes por la tarde — explicó el profesor.

— ¡Ah, es verdad! Siento haberles molestado. Muchas gracias — María se sentía un poco estúpida por no haberse acordado de ese detalle y haber perdido el tiempo yendo hasta allí. Ya que se encontraba en la universidad aprovecharía para visitar la biblioteca.

Encontró un lugar tranquilo, y se dispuso a ojear algunos libros que había pedido a la bibliotecaria. El primero de ellos trataba sobre la historia de la ciudad. Comenzó a pasar las páginas hasta llegar al siglo XVII, que era el que realmente le interesaba. La lectura le resultaba pesada, estaba agotada por el tiempo invertido en la investigación robando horas al sueño. No tardó mucho en quedarse dormida encima del libro, pero su cerebro no descansaba y empezó a soñar con todo lo leído como si de una película se tratase.

En un taller situado en una hermosa casa de estilo flamenco en la pequeña ciudad de Delft, trabajaba concentrado un comerciante dedicado a la venta de telas. Era un hombre curioso y apasionado por su trabajo, y estaba ultimando su gran proyecto que consistía en un artilugio para observar el entramado de los tejidos, o por lo menos esa había sido la idea inicial de este invento. Sin embargo, durante todos los meses que había estado trabajando en el diseño y fabricación del mecanismo basado principalmente en una eficaz lente, descubrió un mundo extraordinario, un mundo que solo era visible a través de esa pequeña y especial lupa (por llamarla de alguna manera). Observó desde la morfología del aguijón de una avispa hasta la estructura del moho, pasando por el descubrimiento de diminutos seres que parecían tener vida propia. Leeuwenhoek, que así se llamaba el hombre artífice de estos descubrimientos, estaba observando concienzudamente una muestra para rebatir la teoría de la generación espontánea que estaba vigente en esos momentos en los más altos círculos científicos. Continuaría al día siguiente, ya era tarde y debía regresar a su domicilio situado a un par de calles de su taller, le esperaba su hija María para cenar. Andaba por la penumbra iluminada por varios farolillos, pensando en lo que acababa de observar, la prueba concluyente para desechar la teoría predominante por aquél entonces de la generación espontánea.

Al llegar a casa su hija ya había preparado la cena, y todo estaba listo para cenar. Aquellos momentos eran realmente agradables; compartir con ella los descubrimientos de la jornada y transmitirle su entusiasmo por lo que hacía. A la mañana siguiente se despertó temprano, debía ir a trabajar, así que salió

precipitadamente hacia su taller. Solo le quedaban unos cuantos metros para acercarse a la puerta, y de repente algo le sobresaltó. La puerta estaba entreabierta, parecía que alguien había forzado la cerradura. Entró, y descubrió con sorpresa que todo estaba revuelto, el caos era total. Todo el taller estaba muy desordenado, como si alguien hubiera estado buscando algo. Faltaba algo de dinero, pero eso no le importaba demasiado. Lo que realmente le importaba, era que uno de sus microscopios no estaba, no comprendía quién podría tener interés en algo así aunque, pensándolo bien, se le ocurría alguna que otra posibilidad. Sus últimos descubrimientos habían provocado ciertos recelos en algún personaje relevante de la ciudad, sus enemigos últimamente estaban aumentando considerablemente. Con seguridad, ese episodio tenía algo que ver con esa circunstancia.

María, nuestra protagonista, se despertó sobresaltada al oír las campanas de una iglesia cercana, ya eran las doce, y había estado dormida apenas treinta minutos, pero a ella le parecía que habían sido varias horas. En su cabeza todavía estaban presentes las imágenes del sueño que había tenido, eran tan reales como si hubiese dado un salto en el tiempo y hubiese estado observando a escondidas todos aquellos sucesos. Lo que más le sorprendió fue el enorme parecido que tenía la hija de Leeuwenhoek con ella misma. La melena rubia y larga, los ojos azules, la piel pálida, la misma estatura y complejión, exactamente la misma cara y las mismas expresiones. Desde luego, el cerebro humano era un misterio y creaba sueños e imágenes en nuestra cabeza increíbles e inexplicables.

Pensando en ello, María recordó que su madre tenía orígenes holandeses aunque de varias generaciones atrás. No conocía muchos detalles y apuntó mentalmente que le preguntaría a su padre por ello, podía ser una coincidencia o quizás no.

Ese sueño parecía tan real que María estaba convencida de que no eran unas simples imágenes oníricas. Cada vez estaba más convencida de que había vivido una experiencia fuera de lo común, difícil de explicar desde el pensamiento racional. Creía que aquella película que había pasado por su cabeza mientras dormía había ocurrido realmente tal y como ella la había visualizado, había viajado varios siglos atrás y había sido testigo de ello.

Capítulo 3

María estaba realmente cansada, lo ocurrido en la biblioteca le había dejado mentalmente agotada así que decidió desconectar durante el resto del fin de semana e intentar no pensar más en el tema.

Después de descansar durante unas horas en su apartamento, salió a dar un paseo por la ciudad y a visitar el Centro Vermeer, pintor del siglo XVII y otra destacada celebridad de Delft. Paseó tranquilamente por sus salas, contemplando los cuadros, y aunque solo pintó treinta y siete obras durante toda su vida, todas eran de una calidad excepcional. Le encantó la parte donde se podía visitar el estudio del artista, que conservaba la atmósfera de los tiempos en los que allí vieron la luz cuadros como La joven de la perla o La lechera. La visita le sentó de maravilla, por fin estaba más relajada y le había permitido dejar de pensar en el microscopio.

Hacía una tarde espléndida, y aprovechó para disfrutar de una infusión en una cafetería, con unas bonitas vistas a los canales a la vez que llamaba a su padre para charlar un rato con él. Hablaron un rato sobre la universidad y sus estudios allí; sobre su primera semana en la ciudad, si se estaba adaptando bien y si se encontraba a gusto. María se interesó por cómo le iba a él, por su trabajo y si la echaba de menos. Después de unos minutos hablando recordó que tenía que preguntarle algo sobre los orígenes de su madre.

— Oye, papá. El otro día recordé que mamá tenía familia en Holanda pero apenas sé nada de ello. ¿Tú podrías contarme algo? — preguntó.

— Pues, no tengo muchos detalles, pero sé que el bisabuelo de tu madre era justamente de Delft y por negocios viajó a España y acabó viviendo y formando su familia en Valencia al conocer a tu tatarabuela — relató su padre

— Tu madre no sabía mucho sobre sus orígenes, tenía cierta curiosidad por conocer más sobre su familia holandesa, parece ser que tu tatarabuelo no se llevaba bien con su padre y ese fue uno de los motivos para no volver a su país. Deseaba hacer un viaje a Delft para aclarar su procedencia, pero todo esto coincidió con su enfermedad y al final no pudo ser.

— Ya... — cada vez que hablaba de su madre María no podía evitar tristecerse pensando en todo lo que se había perdido al morir su madre tan pronto, sin embargo, la curiosidad se imponía — pero, ¿sabes a qué negocios se dedicaba? — acabó preguntando.

— Creo que era algo relacionado con las telas, comerciaban con ellas importándolas de otros países — le contestó su padre.

María, en ese momento, se quedó muda durante unos segundos al darse cuenta de la coincidencia entre la familia de su madre y el propio Leeuwenhoek.

Decidió no contarle nada sobre el microscopio hasta, al menos, asegurarse de

que era original. Además pensó que sería una gran regalo después de su año de Erasmus. Siguieron hablando unos minutos más hasta que se despidieron y María colgó el teléfono.

Con la poca información que le había dado su padre, el hallazgo del microscopio y el sueño tan real que había tenido, comenzaba a pensar en que tantas casualidades eran posibles solo si había detrás un buen motivo, aunque entonces no sabía cuál era.

Volvió a su casa paseando por las concurrencias calles, llenas de gente disfrutando del buen tiempo, mientras iba pensando en la conversación con su padre e intentando encontrar una forma de indagar más sobre la familia holandesa de su madre. El fin de semana ya se acababa, y al día siguiente tenía que centrarse en sus estudios en la universidad, pero aún podía llamar a un buen amigo de la infancia que se había especializado en historia, concretamente en estudios genealógicos, a lo mejor podría orientarle sobre donde consultar sus orígenes hasta llegar a la época que le interesaba.

Vicente, que así se llamaba su amigo, no estaba disponible en ese momento, saltaba el mensaje del contestador, así que escribió el siguiente mensaje de *Whatsapp*:

“Hola Vicente, ¿qué tal te va todo? Espero que todo bien. Yo por aquí ando metida en un tema que es muy largo de explicar y ya te contaré cuando podamos hablar un rato. De momento, necesito que me digas cómo puedo investigar sobre mi árbol genealógico, y si es posible llegar hasta el siglo XVII. Ya hablamos...”

Pulsó *enviar* y esperó la respuesta, sin muchas esperanzas de que contestase rápidamente, Vicente era muy despistado con el móvil, solía dejarlo olvidado en los sitios más raros, perderlo o incluso tener los accidentes más insólitos con él, un auténtico desastre.

Se dio una ducha relajante, cenó un bocadillo de atún con olivas que le recordó a su Valencia natal y se puso un capítulo de la serie de *Netflix* que estaba viendo antes de irse a dormir. Había transcurrido apenas media hora del episodio, cuando sonó la notificación de un mensaje de *Whatsapp*, era de Vicente que le contestaba:

“Hola Meri, qué bien saber de ti. Me tienes muy intrigado con tu nuevo interés por mi campo de estudio. Si quieres te llamo y hablamos.”

Le dijo que sí, y en unos segundos ya estaban hablando por teléfono. A Vicente le pudo la curiosidad y enseguida fue directo al tema. María le resumió todo lo posible sus aventuras desde que había llegado, como había encontrado el supuesto microscopio, su sueño y su conversación con su padre. Su amigo le

explicó que los estudios genealógicos tenían su grado de complejidad a medida que viajabas hacia atrás en el tiempo, cuantas más generaciones se pretendían incluir en el estudio más complicado era por falta de datos y documentos acreditativos. Le explicó que consistía en trabajos muy especializados para llegar tan atrás en el tiempo como ella quería. Así que quedaron en que María le mandaría todos los datos que tuviera sobre la familia de su madre y él haría la investigación.

Le preocupaba que Vicente se hubiese ofrecido a ayudarla por compromiso, pero pensándolo bien era un entusiasta de su trabajo, le encantaba y disfrutaba con él. Pensando en eso María se fue a dormir más tranquila. Al día siguiente era lunes y había que trabajar.

Capítulo 4

El lunes amaneció un día nublado, al contrario de cómo se sentía María que estaba llena de optimismo después de haber hablado con su amigo. Aunque su cabeza seguía dándole vueltas a todo el asunto, esperaba poder concentrarse en su investigación en el laboratorio.

Llegó a la universidad un poco antes de las nueve, aparcó su bicicleta y en el ascensor se encontró a su compañero Jin que llegaba también en ese momento. Se saludaron amigablemente y charlaron un rato sobre como les había ido el fin de semana, aunque enseguida ambos se pusieron a trabajar en sus respectivas investigaciones.

Llevaban ya un par de horas concentrados en sus respectivos trabajos, tiempo en el que María había cometido unos cuantos errores, quejándose varias veces en voz alta. Jin se dio cuenta de su malestar y le preguntó qué le ocurría.

— Pues es que tengo unos asuntos personales que no me puedo quitar de la cabeza y no me dejan concentrarme — le confesó María.

— Vaya, espero que no sea nada grave. Si puedo ayudarte en algo dímelo y haré lo que esté en mi mano.

María siempre había sido muy reservada con sus cosas, sobre todo con las personas que no conocía demasiado, sin embargo Jin era tan amable y servicial y parecía tan buena persona que al final acabó contándole todo. Lo que al final acabó siendo buena idea porque resultó que su compañero era un gran aficionado a las antigüedades relacionadas con la ciencia y la medicina.

Jin se mostró encantado con toda la historia y se ofreció voluntario para ayudarla. Lo primero que debían hacer era examinar meticulosamente el supuesto microscopio, ya que Leeuwenhoek, haciendo un guiño a su descubrimiento enumeraba todas sus piezas de manera que estos números sólo eran visibles bajo la visión de una lupa. Así que quedaron en verse por la tarde en Abtswoudsepark, María llevaría el microscopio y juntos lo examinarían.

Abtswoudsepark era un bonito parque situado al sur de la ciudad donde la gente solía ir a caminar, ir en bicicleta o tumbarse en el césped, donde se podía disfrutar de un entorno natural en plena urbe.

Se sentaron en la hierba, en una zona tranquila sin demasiada gente alrededor. María sacó de su mochila una bolsita de tela donde guardaba la pequeña lente montada sobre latón. La sacó con sumo cuidado y se la tendió a Jin para que la observase de cerca. Su nuevo amigo la cogió con delicadeza y la analizó con detenimiento, pasados unos segundos se la devolvió y comenzó a rebuscar en su mochila de la que sacó una lupa de gran aumento.

— Antes de venir he investigado un poco y he descubierto que los números que grababa en la placa de latón tienen que estar en la parte de detrás en la

esquina superior derecha — le informó Jin.

María le entregó de nuevo el microscopio y Jin comenzó a examinarlo con la lupa. Enseguida se dibujó una sonrisa en el rostro oriental del chico y le pasó el relevo a ella para que observase. Vió una serie de nueve números, separados en dos grupos por un guion:

080377-325

Jin le explicó que el primer grupo de números correspondía al día, mes y año de fabricación y el segundo grupo de números era el de la pieza fabricada. Todo parecía indicar que estaban ante un original de gran valor tanto histórico como económico, por lo que debían extremar la precauciones para no extraviarlo, tener un accidente o incluso ser víctimas de un hurto.

El siguiente paso sería llevarlo a un experto que corroborase su descubrimiento y, en el caso de que se confirmase, debían asesorarse sobre cómo proceder de ahí en adelante.

María ya tenía pensado desde hacía un tiempo hablar con el profesor Beekhof, pero por una cosa o por otra sus planes se habían ido aplazando, esperaba que él supiera algo sobre los microscopios de Leeuwenhoek y que pudiera asesorarlos sobre cómo actuar en caso de que fuera original.

Enseguida se lo comentó a Jin, y él pensaba igual que ella. Al día siguiente irían al departamento de microbiología y hablarían con Beekhof.

Por lo tanto, se despidieron y cada uno se dirigió a sus respectivos apartamentos.

A la mañana siguiente quedaron en verse en el vestíbulo de la facultad, a las ocho y media de la mañana; su clase no comenzaba hasta las nueve y cuarto así que disponían de cuarenta y cinco minutos para hablar con Beekhof. María llegó puntual y Jin ya se encontraba allí esperándola. Se dirigieron al departamento, sin embargo ninguno de los dos sabía su ubicación. María ya había estado allí aquel fin de semana pero por alguna razón no recordaba el trayecto con exactitud. Después de dar varias vueltas consiguieron llegar, comprobando que el profesor ya se encontraba allí. Entonces, le explicaron el motivo de su visita de manera que inmediatamente quiso ver la hipotética antigüedad. Afortunadamente, María la había traído consigo suponiendo que el catedrático querría verla al instante de conocer su existencia.

Se puso unos guantes de algodón, cogió la pieza y rápidamente la llevó a un rincón de su despacho donde había una lupa binocular y estuvo observando unos largos minutos en completo silencio. Pasado este tiempo levantó la cabeza y solemnemente les comunicó su parecer.

— Les informo que sin duda estamos ante un auténtico microscopio de Leeuwenhoek. María, tiene en sus manos un original de los quinientos fabricados y de los cuales tan solo ocho, ahora nueve, han llegado a nuestros

días. ¡Es increíble! — dijo llevándose las manos a la cabeza.

María ya estaba convencida de ello después de lo ocurrido los últimos días, pero oírlo de la boca de su profesor, experto microbiólogo, fue la confirmación que necesitaba.

— Hablaré con un experto del laboratorio de Cavendish de la Universidad de Cambridge, para que lo analicen y certifiquen su autenticidad, si le parece bien, claro. En caso de que el informe sea positivo, le espera un proceso de bastante papeleo, ya que estas piezas históricas están sujetas a una normativa muy estricta.

Dio su consentimiento, dejando la lente en poder del doctor Beekhof que la depositó en una pequeña caja de seguridad incorporada a su mesa de trabajo.

Los dos alumnos se dirigieron a sus respectivas clases, comentando por el camino todo lo hablado con el profesor; estaban entusiasmados con la noticia, Jin que tan solo era un espectador de todo lo ocurrido estaba realmente contento de haber podido tener entre sus manos una pieza como aquella, se sentía un privilegiado, y María no podía parar de pensar en la sorpresa que se llevaría su padre.

Capítulo 5

Habían pasado ya varias semanas desde su conversación con el doctor Beekhof; durante ese tiempo, María se sentía más tranquila y había podido concentrarse en sus estudios en el laboratorio. Mientras se encontraba leyendo varios artículos publicados en la revista *The Lancet* relacionados con su proyecto de investigación, su móvil recibió una notificación, era Vicente que le escribía un mensaje. Consultó el reloj y se dio cuenta de que ya era hora de comer, así que aprovechó para tomarse un descanso, leer el mensaje de su amigo y bajar a la cafetería a comer algo.

Vicente le informaba sobre sus indagaciones respecto a su familia holandesa. Parecía que la explicación era larga, y por eso le adjuntaba un archivo *pdf* donde le explicaba todo lo que había averiguado. El documento tenía, nada más y nada menos que diez páginas, e iba desde la época actual hasta los años que a ella más le interesaban. Desde luego, Vicente había trabajado muchísimo y se notaba que era un experto en el tema por todos los datos que aportaba y las referencias a las fuentes que había consultado. Esto le habría costado una fortuna de haber tenido que pagar a un profesional como él.

Leyó todas las páginas de un tirón y, como ya le había dicho su madre, su madre provenía de una familia dedicada al comercio de telas. Remontándose en el tiempo, habían llegado a finales del siglo XVII y lo más increíble es que la propia hija de Leeuwenhoek, también llamada María, era una antepasado suyo. En el informe se detallaba que se había casado con un joven también relacionado con el gremio, siguiendo con los negocios textiles. Habrían tenido varios hijos, y de ellos, la primogénita era la que a su vez había tenido otra hija y así hasta llegar la actualidad. Esto explicaba, el hecho de que las descendientes hubieran sido niñas, que el apellido Leeuwenhoek se hubiese perdido en el tiempo.

Las casualidades existían, o quizás era el destino el que había jugado para que los acontecimientos hubieran pasado de esa manera. María no creía en tanta casualidad. A lo mejor su madre desde donde estuviese, la había guiado para acabar con lo que ella no había podido, ni siquiera, empezar.

Vicente en su informe no solo se limitaba a los datos puramente genealógicos, sino que también aportaba información sobre hechos que le parecían relevantes para el caso. Como la circunstancia de un robo cometido en el taller del inventor, en el cual habrían desaparecido varias piezas y habría habido importantes destrozos. La prensa de la época se hizo eco de la noticia, aportando varias hipótesis que explicaran el delito, una de las cuales eran las enormes enemistades que se había granjeado Leeuwenhoek con sus investigaciones, echando por tierra la teoría de la generación espontánea que

tenía muchos seguidores en aquellos tiempos, muy relacionados con las altas esferas científicas.

Todo lo que leía era como en su sueño, no sabía cómo llamarlo, parecía un viaje astral en el tiempo, no tenía ninguna explicación pero lo que había soñado parecía corresponder con lo realmente sucedido. Era un hecho insólito, y por más vueltas que le diera no iba a encontrar una solución razonable, así que era mejor dejarlo estar y aceptar las cosas tal y como eran.

La hora de la comida se había alargado demasiado con la lectura y tantas cavilaciones. Subió de nuevo al laboratorio a continuar con su trabajo y con lecturas de otro tipo.

Durante el resto de la tarde estuvo concentrada leyendo varios papers que necesitaba consultar y a última hora se acercó por el despacho de Beekhof para ver si podía resolverle unas dudas.

El profesor estaba a punto de irse a casa, solía quedarse hasta tarde trabajando pero justamente ese día tenía un compromiso y ya se disponía a salir.

— Buenas tardes, venía para preguntarle sobre unos artículos que he estado leyendo últimamente, pero veo que no es un buen momento... — le dijo María.

— No, hoy tengo un poco de prisa. Mañana a primera hora tengo un hueco y la puedo atender. Por cierto, ¿ha revisado su correo electrónico hoy? — le preguntó — Le he enviado el informe que me han remitido del laboratorio de Cavendish, ya tienen los resultados. Yo no lo he leído, ya que he considerado que es usted la primera que debería leerlo.

— Vaya, pues he estado toda la tarde muy concentrada y no he mirado la bandeja de entrada, pero ahora que ya he acabado, lo miraré. Muchas gracias — contestó.

Bajó corriendo las escaleras de los dos pisos que la separaban del laboratorio, y donde había dejado su portátil, y abrió el correo. El *e-mail* que le había enviado Beekhof llevaba un archivo adjunto que detallaba todos los análisis y pruebas que habían realizado a su microscopio, siendo determinantes y llegando a la conclusión de la autenticidad de la pieza, además de incluir una serie de recomendaciones para su restauración y conservarlo en las condiciones óptimas. También se adjuntaba un documento que indicaba las gestiones administrativas para certificar la legitimidad de la antigüedad.

Estaba un poco abrumada con tanto papeleo que se le venía encima, que además conllevaba una serie de gastos que no podía asumir sin acudir a su padre. El regalo que le iba a hacer, al final le iba a costar un ojo de la cara, pero creía que merecía la pena.

Faltaba solo una semana para las fiestas navideñas, y ya tenía el billete para regresar a Valencia y pasarlas con su padre. Había decidido llevarle el regalo y dárselo el día de Nochebuena, luego ya pensarían entre los dos lo que debían hacer con él.

Capítulo 6

Durante el viaje en avión, María estaba un poco nerviosa, llevaba el microscopio en la mochila y dado el gran valor económico que tenía, no se despegaba de ella en ningún momento. Era un poco arriesgado viajar con ese equipaje pero no le quedaba otra opción.

Su padre no podía ir a buscarla al aeropuerto porque estaba trabajando en esos momentos, así que había decidido ir a casa en la línea de metro que salía de la misma terminal. Llevaba consigo una pieza de valor incalculable y necesitaba llegar lo antes posible a casa para sentirse segura.

Al fin llegó sin ningún contratiempo, deshizo las maletas y esperó a que llegara su padre. Le había enviado un mensaje diciendo que ya estaba de camino, y que no tardaría. Al rato, oyó la puerta abriéndose y corrió a recibirla.

— ¡Papá! ¡Qué alegría verte! — exclamó María — No sabes la de cosas que tengo que contarte.

— Yo también estoy muy contento de verte otra vez aquí. La casa no es la misma sin ti.

— Te he traído un regalo de Holanda, te lo iba a dar en Nochebuena pero no puedo esperar ni un minuto más. Vas a flipar — siguió hablando María, mientras se dirigía a su habitación a buscarlo.

Le tendió la bolsita de terciopelo de color azul marino junto con un sobre que contenía el informe del perito de Cambridge.

— ¿Qué abro primero, la bolsa o el sobre? — le preguntó su padre.

— Primero la bolsa — le indicó.

Abrió la bolsa con cuidado y de su interior sacó la pequeña placa de metal, la observó con detenimiento y enseguida se dio cuenta de lo que tenía entre sus manos, aunque no podía todavía imaginar que se trataba de un original. María le animó a que abriese el sobre, estaba impaciente por ver la cara que pondría al leer su contenido y entender lo que realmente era.

La cara de su padre era un poema. Estaba estupefacto y no paraba de preguntarle cómo lo había conseguido. La chica le contó toda la historia de la manera más resumida posible y también le explicó que al ser una pieza de interés histórico era necesario realizar unos trámites burocráticos ineludibles. Sentía no haber podido hacer ella esas gestiones para hacerle el regalo completo. Su padre le dijo que no se preocupase, consultaría a su abogado. El objeto en cuestión bien lo valía. María siguió contándole la historia de su sueño y cómo había llegado a los orígenes de su familia materna. Esa historia todavía fue más del agrado de su padre, saber esa conexión que existía entre el microscopio y su mujer.

Pasaron las Navidades y María volvió de nuevo a Holanda a retomar sus estudios. Al cabo de una semanas, recibió una llamada de su padre, en ella le comunicaba que su abogado había acabado sus trámites de certificación y que el Ministerio de Cultura se había puesto en contacto con él para indicarle que la pieza era un bien de interés cultural y estaba sujeta a la normativa vigente. Había tenido que contratar una póliza seguro que valoraba la pieza en quinientos mil euros. Además le habían llamado del Museo de Historia Natural de París, para incluirlo en una exposición.

Parecía que el pequeño microscopio perdido en los canales de Delft veía de nuevo la luz en todo su esplendor, en los más prestigiosos círculos donde su inventor habría estado encantado de verlo.

Una estudiante de medicina viaja a la ciudad de Delft, una pequeña ciudad de los Países bajos a cursar su último curso de la carrera.

Cuando ya lleva un par de meses adaptándose a la nueva vida, conociendo nuevos amigos, y descubriendo todo el encanto de la ciudad, se topa con un hallazgo en un rastro. Al principio, no puede creer lo que ha encontrado, piensa que simplemente es una copia del primer microscopio de la historia, que cambió el rumbo de la biología y la medicina moderna. Sin embargo, parecía una copia muy bien hecha incluso con la pátina que deja el paso del tiempo, así que decide comprarlo al viejo vendedor, que apenas le pide unos euros. Cree que puede ser un buen regalo para su padre, también médico y el culpable de que ella haya elegido esa profesión.

Cuando llega a casa investiga sobre el microscopio y su inventor, y descubre que nació y vivió allí. Ella apenas recordaba algunos datos sobre Anton van Leeuwenhoek, uno de los padres de la microbiología, biología celular y el primero en realizar observaciones con microscopios. Desde luego, parece mucha casualidad. Así que decide llevar la pieza a su profesor de microbiología. Aquí comienza una historia increíble, de un hallazgo inesperado.